

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 114

40 Cents.

24 ABRIL
1927

CUANDO YO SEA MAYOR QUIERO SER CARBONERO

¿POR QUÉ?

POR QUE COMEN ESTUPENDAMENTE.
SIEMPRE ENTRE COCK



PINOCHO

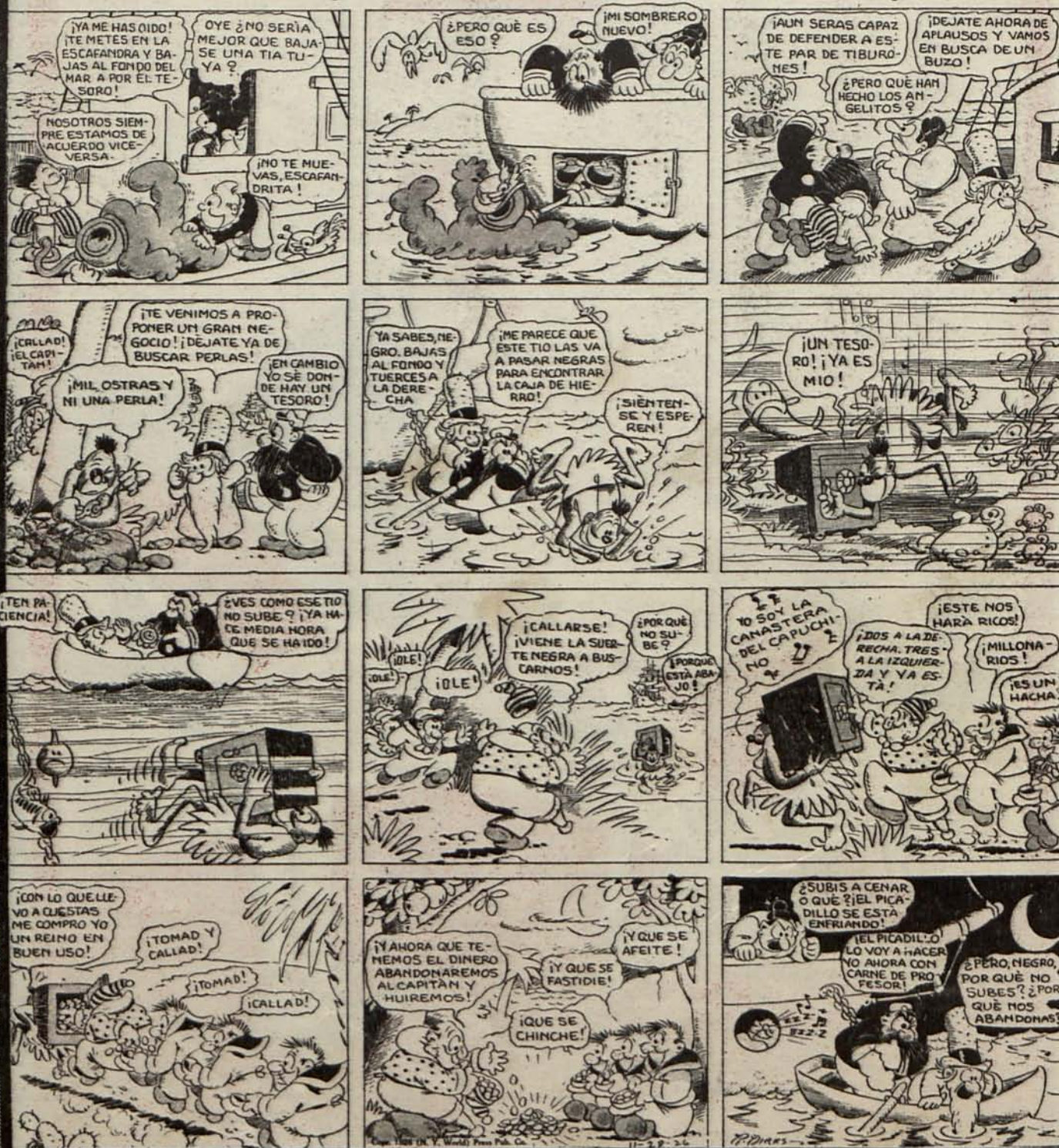
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



El dibujante no ha tenido tiempo de acabar las caras de estos personajes y las ha dejado en blanco para que las dibujen los Pinochistas.



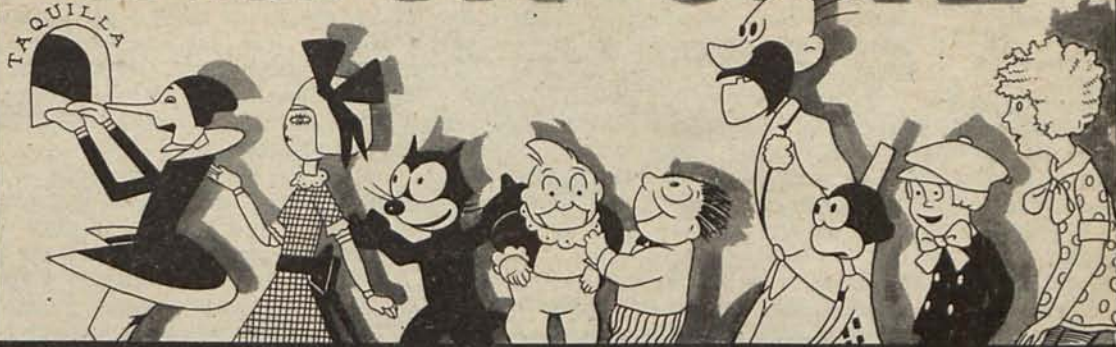
La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



**PROGRAMA
PARA HOY
PRISIONEROS
EN
LAS
RUINAS**

Sensacional

GRAN CINE



Una petición extraña.



OR en medio de uno de los grandes desiertos de arena de Marruecos, interrumpidos por protuberancias del terreno, palmeras de dátiles y alguna que otra mancha de césped seco, hay una carretera ancha y blanca que conduce a un pueblecito de la costa llamado El Kaffa. A lo largo de esta carretera iban trotando tres asnos pacientes y resignados. Sin embargo, uno de ellos, por lo menos, tenía bastante motivo para quejarse porque a horcajadas de él iba sentado un grueso y fornido negro cuyo rostro lustroso sonreía a todo el mundo. Este negro era Darkie, uno de los tres valientes camaradas. En otro asno, y al lado del negro, cabalgaba Dick. Y el tercero lo montaba Dan.

—Si pudieras verte a ti mismo encima de ese jumento, palabra de honor que te reirías a más no poder, porque eres cuatro veces mayor que él —dijo Dan burlándose de su compañero.

El negro le miró por encima del hombro.

—¿Quién fué el que habló, fuiste tú o fué el otro asno? —le preguntó afablemente.

—Oye; poco a poco negrito, que si me llamas burro...

Fingiéndose alarmado, Darkie se echó hacia atrás poniendo los pies encima de la montura; pero al hacerlo así encontróse tumbado en la carretera porque el asno se había deslizado por debajo de él y continuaba trotando solo.

—¡Eh, eh!... ¡Dick! ¡Toca el timbre y para el autobús que no he llegado todavía adonde quería ir! ¡No estoy muy seguro del sitio donde estoy!

—Páralo tú —replicó Dick riéndose.

Pero el asno de Darkie no era tan burro como parecía, porque apenas el negro echó a correr detrás de él, el animal emprendió un galope tendido haciéndole correr un par de kilómetros o más para cogerlo. Y cuando lo alcanzó vió salir de entre un grupo de palmeras que crecían al lado de la carretera un hombre blanco que extendía la mano a los viajeros implorando su auxilio. El hombre aquel era alto y delgado y parecía medio desfallecido. Además llevaba en la mano derecha una maleta que debía pesarle mucho.

—¿Qué le pasa a usted, hombre? ¿Necesita usted ayuda?

—Sí... les agradeceré con toda el alma que me presten auxilio; llevo dos días huyendo de unos cuantos malhechores que me persiguen para robarme esta maleta y no deben de andar muy lejos de aquí.

Darkie empezó a remangarse la blusa sonriendo con su enorme boca y con los ojos brillantes de gusto ante la perspectiva de una buena lucha.

—¿Cuántos son ellos?

—Deben ser una media docena; pero no quisiera que ustedes expusieran la vida peleando por culpa mía. En lugar de eso les agradecería más que me llevaran esta maleta a El Kaffa y la entregaran allí a mis amigos. Me parecen ustedes personas de fiar.

—Confíe usted en nosotros que no le hemos de traicionar, y precisamente nos dirigimos a El Kaffa. ¿Dónde quiere usted que dejemos la maleta?

—En un café que hay en la plaza del Este y que se llama «El Corazón de Oro». Al ponerse el sol se reunirán allí mis amigos a esperarme, y si ustedes me hacen el favor de entregar la maleta a uno de ellos que se llama Jerdan serán bien recompensados por su servicio.

—¿Y qué piensa usted hacer entretanto?

—Yo continuaré en otra dirección para despistar a los que me persiguen haciendo que ustedes puedan llegar a salvo, pues una vez que me desentienda del maletín no me importa que me cojan o no. Pero corran ustedes porque van a aparecer esos bribones de un momento a otro.

Tomó Dick a su cargo la misteriosa maleta y después de despedirse del desconocido los tres compañeros montaron de nuevo en los burros y se alejaron a un trote ligero. Hicieron una buena jornada, deteniéndose a cada pocos kilómetros para que los jumentos descansaran. Al caer de la tarde sintieron detrás de ellos un golpeteo acompasado y al mirar para atrás vieron venir a lo lejos por la carretera una docena de jinetes levantando una nube de polvo. Tres de ellos eran blancos y los otros moros a juzgar por los turbantes y albornoces que llevaban. Como por instinto comprendieron los tres camaradas que los jinetes venían en su persecución. Sin embargo, para cerciorarse de ello dejaron la carretera y echaron a andar por la arena en dirección a unas ruinas que estarían como a un kilómetro de distancia. Los jinetes salieron también de la carretera cruzando por el desierto en dirección oblicua para alcanzarlos primero.

—¡Recórcholis! ¡Vienen directamente detrás de nosotros! ¡Han visto el maletín o sospechan que lo llevamos! —exclamó Darkie.

—Lo mejor será que nos escondamos entre las ruinas —sugirió Dick deslizándose de su cansada cabalgadura—; venid.

Y dejando que los jumentos corrieran a su libre albedrío hicieron a pie la distancia que faltaba para llegar a las ruinas. Llevaban bastante delantera a sus perseguidores, y para ocultarse de su vista metiéronse por entre las paredes ruinosas; arcos moriscos primorosamente labrados; pilares rotos y montones de albañilería. Aquello parecía ser un antiguo palacio morisco y entraron por una entrada de arcos estrechos que conducía a lo que indudablemente había sido un pequeño hall cuyas paredes y techos estaban intactos.

Darkie lanzó la idea de subirse encima del techo, acompañando la acción a la palabra, y aunque ellos no sabían sus planes les siguieron lo mismo. Encima del techo había unos cuantos bloques grandes de piedra, algunos de mucho peso. Escondiéronse detrás de uno y no tardaron en oír las voces de sus perseguidores. Estos empezaron a buscarlos por entre las ruinas; después entraron en la cámara de piedra y cuando estuvieron dentro Darkie empujó con su forzado hombro un bloque de los mayores y que estaba precisamente sobre la entrada. Dick y Dan empujaron también; el bloque rodó, basculó en el borde del techo y con un último empujón de Darkie cayó, tapando la entrada del hall.

Muy satisfechos de la facilidad con que se habían desentendido de sus perseguidores, los tres compañeros cogieron tres caballos, dejando los jumentos a cambio de ellos y se marcharon en dirección a El Kaffa. Llegaron a aquella ciudad morisca ya anochecido y por entre calles sucias y estrechas con casas cuadradas de paredes blancas, un chico les condujo al café «El Corazón de Oro», que era un establecimiento sucio, bajo de techo y mal alumbrado. En un rincón y sentados ante una mesa estaban tres hombres fumando y bebiendo vino. Eran los únicos blancos que había en el café.

Dick, Dan y Darkie se llevan una sorpresa.



LGUNO de ustedes por casualidad se llama Jerdan? inquirió Darkie.

—Soy yo, negrito —respondió un individuo delgado y bien vestido, pero cuyo aspecto no agradó mucho a los tres compañeros. Estos cruzaron la sala para ir a aquella esquina y Dick colocó el maletín encima de la mesa, diciendo:

—Le traemos este maletín de parte de un amigo de usted a quien hemos encontrado en el camino. Andaba huyendo de unos cuantos bandidos que querían apoderarse del maletín y entonces él al vernos nos rogó que se lo trajéramos a usted. Sin embargo, los bandidos nos descubrieron la pista, pero hemos conseguido encerrarlos en unas ruinas donde supongo



que estarán todavía. Lo que no podemos decirle es dónde estará ahora su amigo de usted, pero supongo que no tardará en llegar.

Jerdán sacó una llave del bolsillo y abrió el maletín. Dick, Dan y Darkie quedaron maravillados al ver el contenido del saco, que fué volcado sobre la mesa, pues el maletín contenía vasos y ánforas de oro y plata, adornados con piedras preciosas y trabajados con maravilloso arte.

—¡Preciosos objetos! —exclamó Dick—. ¿De dónde proceden?

—Esto ha sido hallado entre las ruinas de un antiguo templo. Hace algunas semanas salió de aquí un explorador que se llama Wayke con una partida de hombres a buscarlo; el que les dió a ustedes este maletín era uno de los de la partida que cuando el explorador encontró el tesoro se marchó con él. Y ahora, escuchad —añadió hablándoles en tono amistoso—: Vosotros acabáis de hacernos un gran servicio que queremos recompensaros, y como para nosotros sería también muy conveniente tener en nuestra cuadrilla a tres muchachos aventurados y valientes como vosotros, os propongo que entréis a formar parte de ella. ¿Qué os parece? Yo soy el jefe de la banda y me llevo la tercera parte de cada botín; los otros dos tercios se dividen por partes iguales entre el resto de los miembros.

Jerdán miró uno por uno a los tres compañeros y no le gus-

Los tres compañeros galoparon kilómetro tras kilómetro sin ver señales de que los persiguieran. Sin embargo, al dar vista a las ruinas percibieron a lo lejos un objeto oscuro que se movía rápidamente. Al acercarse más vieron que era un automóvil, y aunque no distinguían a los que venían dentro suponían que serían Jerdan y su cuadrilla. El automóvil venía a toda marcha y sin faros.

Espolearon a los caballos todo lo más que pudieron y al llegar a cierto punto dejaron la carretera para cruzar por la arena con lo cual ganaron no poca ventaja, pues sabían que el automóvil por encima de la arena tendría que ir despacio.

—Esos mozos probablemente vendrán armados; por lo tanto, estad prevenidos —apuntó Dick.

Cinco minutos más tarde llegaron a las ruinas y se apearon de los caballos.

—¿Hay alguien ahí todavía? —interrogó Darkie.

De la cámara bloqueada salió un coro de voces y los tres compañeros comprendieron que el explorador y sus hombres no habían podido salir de allí. Entonces, despojándose de la chaqueta, empezaron a remover los bloques de piedra. Los más pequeños no fué difícil echarlos a un lado; pero la dificultad estaba en quitar el grande; el tirarlo desde el techo había sido tarea facilísima comparada con la de moverlo ahora. Con el sudor arrollándoles por el rostro; los músculos en tensión y las caras contraídas, los tres camaradas sacaron fuerzas de flaqueza para mover a un lado la enorme piedra.



tó la expresión de ellos, pues Dick, Dan y Darkie estaban furiosos al enterarse de que involuntariamente habían tomado parte en un robo. El tesoro que traían en la maleta era robado y los verdaderos dueños de él eran los que habían dejado prisioneros en las ruinas del palacio morisco.

—¡Aquí tiene usted mi contestación, canalla —rugió Darkie y, ¡paf!, le dió un golpe en la cara que le derribó al suelo haciendo caer la mesa encima de él. Dick acometió a uno de los otros dos, mientras Dan recogía apresuradamente todos los vasos y los metía de nuevo en el saco. Después que hubo despachado a Jerdan, Darkie se echó sobre el tercero y por el suelo rodaron unas cuantas botellas y vasos hecho añicos. El dueño del café, un moro alto y atlético, gritaba y chillaba mientras los otros clientes salían corriendo del establecimiento.

La lucha terminó cogiendo Darkie a su adversario y cayendo ambos al suelo con un golpe que hizo estremecerse el edificio.

—¡Jo, jo, jo! ¡Me parece que esto ha quedado sentado por ahora. Dick, viejo amigo, ¿qué hacemos con el maletín?

—Volver enseguida a las ruinas a poner en libertad al explorador y a su gente. ¿Has recogido todos los objetos, Dan?

—Todos están en el maletín.

Los tres camaradas echaron a correr por el pueblo hasta el sitio donde habían dejado los caballos y en pocos minutos ya estaban los animales ensillados de nuevo. La carretera estaba bañada ahora por una brillante luna.

—No hay que pensar en que Jerdán y su banda deje pasar esto así —sugirió Dick—. No creáis que vamos a tardar mucho en tenerlos detrás.

—En ese caso tendré mucho gusto en repetirles la medicina que les he dado; si la primera dosis no le ha hecho mucho efecto la segunda se lo va a hacer de veras.

Esta, además de lo que pesaba, se había enterrado parte de ella entre la arena y pasaron muchos minutos, preciosos para ellos, antes de poder menearlo ni la fracción de un centímetro; el trepidar del automóvil que se aproximaba, rompiendo el silencio de la noche, les hacía redoblar los esfuerzos, y ayudados por los hombres que estaban dentro fueron desviándola lo suficiente para que los exploradores pudieran salir. En el momento que ellos salían aparecieron en escena Jerdan y tres de la cuadrilla.

Pero aunque venían armados, ya era muy difícil que pudieran vencer a nueve. Darkie dirigió el ataque, y después de una batalla fiera, Jerdan y sus hombres quedaron derrotados y prisioneros.

El profesor Wayke se volvió indignado a los tres camaradas, interrogando:

—Quisiera saber cómo es que se han vuelto ustedes contra esos otros. ¿Es que se disputan ustedes el producto de su robo?

—Nada de eso, señor profesor —replicó Darkie—.

Y le contó C por B toda su historia, añadiendo:

—No sé si usted lo creerá una farsa, pero es la verdad. Les hemos tratado a ustedes mal debido al engaño de un bribón; pero convendrá usted conmigo, señor profesor, que ya hemos purgado nuestra falta y nuestra credulidad.

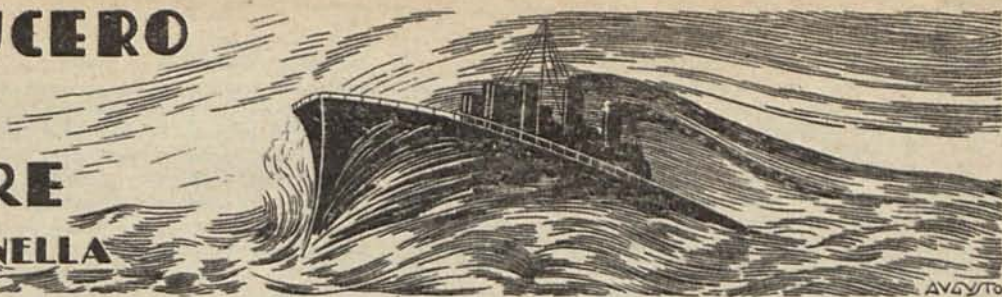
—Ciertamente que sí —replicó el profesor—. Y por vía de gratificación les entrego a ustedes a Jerdan y a sus cómplices, pues la policía francesa les dará por su captura una buena recompensa.

Y así fué. Dick, Dan y Darkie recibieron un premio por entregar a los ladrones, que les hizo sonreír de felicidad.

¡¡HA TERMINADO!!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

II

[BLACK]...



¡ABLEMOS de Black.

Este personaje va a adquirir excepcional importancia en nuestra narración: de aquí que nos ocupemos un poco de lo que a él se refiere.

Los lectores recordarán haberle dejado sumido en el más profundo de los sueños, después de un atracón de comida, rica sopa a la marinera, y de huesos de varios animales.

El valiente y robusto alano, después de un interminable mes de fatigas y tribulaciones, había dormido profundamente durante todo el tiempo en que se desarrollaron los sucesos ya conocidos; es posible, y lo admitimos para que no se nos tache de inverosímiles, que alguna vez se dignase despertar a consecuencia de algún fuerte estrépito; pero no creyó oportuno preocuparse mucho al oír la voz de sus dueños, pues ello le hacía suponer que no corrían peligro alguno.

Sin embargo, cuando el gran Black decidió despabilarse definitivamente, sintió deseos de buscar hasta en los mas escondidos rincones del *Crucero sin nombre*, a miss Ellen, tan buena para él, al capitán Davy y Patrick, que siempre le obsequiaba, aunque no fuese más que por complacer a su ama, con alguna golosina...

Estaba sólo, sólo entre gente desconocida.

Entonces comenzó a lamentarse, a dar ladridos de protesta o de ruego; luego, viendo que nadie le escuchaba, púsose furioso, quiso morder al que se atrevía a acercársele, y lo intentó con tal ferocidad que tuvo que tomarse el acuerdo de librar al barco de su presencia.

El pobre animal estaba a punto de sucumbir a su suerte —un par de tiros bien dirigidos—, cuando Mop, el gran Mop, el hombre que sabía intervenir siempre con oportunidad en las circunstancias más inquietantes, le salvó.

Mop hizo al inteligente Black, que comprendió había encontrado un amigo, un largo discurso sobre el reconocimiento debido a los huéspedes, sobre el deber de soportar con dignidad y resignación las desgracias, y sobre la necesidad de confiar en el futuro.

Sería mucho atrevimiento asegurar que Black comprendió la esencia de aquel paternal razonamiento; eso es verdad, pero le debió de hacer una gran impresión pues desde aquel día se mostró resignado, humilde y muy cortés, y se unió a Mop con sincero afecto.

Como ya sabemos, el *Crucero sin nombre*, después de abandonar a miss Ellen y a Patrick, había puesto su proa hacia la Isla Innombrada, a la cual llegó la misma tarde de aquel día tan rico en sucesos emocionantes.

Aquella tierra desconocida y perdida en la soledad del Océano Pacífico, parecía una verdadera cueva de piratas: costas escarpadas que formaban profundas ensenadas cuya entrada defendían negros escollos erizados de picos sobre los cuales se rompían las olas formando blanquísima espuma; pequeñas montañas cubiertas de selvas misteriosas que se perdían en el interior; un aspecto sombrío y salvaje que infundía repulsión y casi miedo.

Apenas a vista de la isla, Alberto Wendover hizo avanzar con prudencia su buque, dirigióle hacia un estrecho canal situado entre dos macizos rocosos a prueba de mina, pasó audazmente por en medio con seguridad maravillosa y mandó echar las anclas.

El crucero se encontraba en el centro de una pequeña bahía, oculta tras una punta que avanzaba en recodo sobre el mar formando una de las puertas de entrada al canal. En la parte más alta de aquella punta estaban emplazados los cañones de una batería de 152, disimulada de tal modo que era invisible desde el Océano.

En la parte baja, sobre la ribera, surgían varios amplios cobertizos, en los que se hallaban los talleres para las oportunas reparaciones.

Más adentro se distinguían, entre los vericuetos de la selva, las habitaciones, mitad casa mitad tienda de campa-

ña, de aquellos hombres que, en pleno siglo XIX, renovaban las fabulosas hazañas de los piratas, de los filibusteros y de los bocanegra de los siglos XII y XIII.

Había sido necesaria una grande y sabia audacia para transformar aquella isla salvaje en refugio seguro, sobre todo, faltando los medios y recursos necesarios, la tranquilidad y seguridad precisas.

Esta era, pues, la Isla Innombrada de la que Patrick había estado a punto de conocer la situación exacta; allí reparaba el crucero los daños sufridos; allí descansaba su tripulación de las fatigas y de los combates.

Mop, especialmente, encontraba deliciosa la estancia en aquella tierra desconocida para el mundo civilizado, donde no había peligro de encontrarse con un agente de policía y verse encerrado entre cuatro paredes de una celda carcelaria.

Black, a su vez, comenzaba a darse cuenta de que aquella vida no era del todo mala y de que su amigo Mop era, por tal concepto, persona de muy buen gusto, cuando llegó el velero y la carta del Presidente a echarlo todo a perder.

Alberto Wendover tenía que partir para Batavia; Mop, que era su sombra, mostró deseos de seguirle; Black, que era, naturalmente, la sombra de Mop, hizo otro tanto, y de este modo los tres amigos se encontraron juntos en la capital de la isla de Java con el firme propósito de no separarse nunca.

¡Mas, ¡ay!, cuán falaces son los propósitos humanos!

No habían transcurrido tres días desde que habían llegado allá, cuando ya se habían separado: Alberto Wendover, en el Hotel de Holanda, donde recibía la terrible revelación que le había aterrado; Mop, tras del hombre de los billetes de Banco, y Black...

¿Qué picardía había meditado el gran alano, o qué irresistible distracción le había hecho olvidar todo sentimiento del deber abandonando así a sus dos amigos?

Apresurémonos a decirlo: al contrario de lo que suponía Alberto, Black no había seguido a Mop.

Black había cometido el más leve de los delitos que puede cometer un perro: había puesto a olfatear el suelo con insólita persistencia; nada más.

Lo peor fué que el animal no se contentó con reconocer bien el lugar en que se había detenido, sino que decidió seguir el rastro del olor que le había llamado la atención.

Éste le llevó muy lejos, conduciéndole nada menos que a la puerta del Consulado Inglés.

Con admirable intuición, Black adivinó que difícilmente le dejarían libre la entrada sin obsequiarle con algún puntapié; así es que, poquito a poco, haciéndose el mohino, intentó escurrirse dentro, de contrabando.

Mas el portero que, contra la inveterada costumbre de sus colegas, no estaba dormido, vióle inmediatamente y, como era de suponer, le dió un palo que... si le llega a alcanzar, ¡pobre trasero!

Black se persuadió de que era un desdichado contrabandista y renunció a repetir la prueba, pero de ningún modo en abandonar la partida.

Quedó plantado, a pocos metros del Consulado inglés, sentado sobre las patas traseras, alta la cabeza, oído atento y ojo avizor, pronto a esquivar los posibles ataques del portero, dispuesto a esperar con paciencia.

¿A quién?...?

¿Qué cosa?

Mientras el valeroso Black espera, nosotros, eludiendo la vigilancia de aquel terrible representante de la clase porteril, entremos en el Consulado e introduzcámonos en un gabinete en el que hay dos hombres conversando.

Uno de ellos era el Cónsul, el otro, un señor de poblada barba y largos cabellos, que parecía tener mucho empeño en no ser reconocido.

Debía haber llegado en aquel momento, pues estaba aún en pie y respondía a las preguntas preliminares que le dirigía el Cónsul.

—Mister —decíale este último—, os habéis hecho anunciar como portador de una carta de presentación para mí. A ver, ¿dónde está esa carta?

—Aquí está —respondió el desconocido sacándola del bolsillo y ofreciéndola a su interlocutor.

El Cónsul la tomó, indicó al otro que se sentase y se puso a leerla.

La carta tenía membrete y sello del Almirantazgo británico e iba firmada por el mismo Lord Almirante.

El texto era el siguiente:

«Esta orden faculta al portador para presentarse a cualquier hora y en cualquier lugar, a los representantes de Inglaterra, sean funcionarios de mar o de tierra, agentes judiciales, civiles o diplomáticos; de cualquier grado que sean; para pretender de ellos inmediata obediencia previa declaración del fin secreto para que ha sido expedida, etc.»

El Cónsul releó con asombro la carta, convencióse de su autenticidad y finalmente la devolvió a su propietario, mirándole con el interés que necesariamente ha de despertar un hombre revestido de poder tan formidable.

—Estoy a vuestra disposición, *mister* —dijo luego.

—Gracias —respondió, haciendo una inclinación, el desconocido—. Teniendo yo un verdadero interés en no ser reconocido por alma viviente, permitidme callar mi verdadero nombre: para todos soy Mr. Roberto Fairfax.

—Convenido.

—Bien; ahora voy a exponeros sin otros rodeos el motivo que me trae aquí.

—Os escucho.

—¿Recordáis la misteriosa desaparición del buque de guerra *General Belgrano*, del puerto de Plymouth?

—¡Oh! Sin duda.

—¿Sabéis lo que sucedió?

—Hum... Se han dicho cosas increíbles, inverosímiles y...

—¿Absurdas, falsas; no es verdad?

—Precisamente.

—Pues bien: os engaños; nada más cierto que lo referente a la suerte corrida por el crucero *General Belgrano*.

—¿Es verdad que fué robado?

—Sí.

—¿Cómo lo podéis afirmar con tanta seguridad?

—He visto a los que llevaron a cabo la empresa.

—¡Ah! ¿Y dónde, *mister*?

—A bordo del barco mismo.

—¿Entonces habéis estado también a bordo?

—He estado.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses y en unas circunstancias bastante dramáticas.

—Tened la bondad de explicaros.

—Yo vi hundir la *Newcastle*, desde lejos, como en un sueño; y asistí al combate con los tres acorazados. No ignoráis que aquella lucha se resolvió en una derrota para las naves inglesas.

—Es cierto; pero vos, *mister*, conocéis aquellos malhechores, podéis decir quienes son, debéis hacerlo.

—Sí, debería hacerlo; pero no puedo.

—¡Ah!

—Puedo, sin embargo, facilitaros algunos informes valiosos —continuó el desconocido que se hacía llamar Fairfax, sonriendo irónicamente al oír la exclamación del Cónsul.

—Oigámoslos —dijo este último con visible escepticismo.

—El jefe de aquellos ladrones tan audaces y afortunados que logran tener en jaque a toda una flota de guerra, es un irlandés.

—¿Un irlandés?

—Algo más aún: es un feniano.

El Cónsul inglés soltó una carcajada y miró con aire compasivo al hombre que le hacía tal revelación.

—*Mister* —repuso luego—; soñáis con los ojos abiertos. Sería más fácil encontrar una mosca blanca, que un feniano en todo el mundo civilizado.

Mr. Fairfax no se desconcertó por eso, y con calma inalterable dijo:

—Señor Cónsul, el hombre que manda los piratas del crucero, lo repito, es un feniano; y ya que veo os obstináis en una incredulidad fuera de lugar, añadiré que se halla aquí, en Batavia, en el Hotel de Holanda, donde podemos hacerle prender sin dar lugar a una seria alarma.

Entretanto, yo, en virtud de los poderes que me han sido conferidos por el Lord Almirante y aprobados por el Gobierno de Su Majestad, nuestra Reina, os ordeno tomar al momento las medidas necesarias para apoderarnos de ese hombre.

El Cónsul quedó confundido, asombrado, perplejo; durante algunos momentos reflexionó sobre lo que debía de

hacer; después tomó una hoja de papel, escribió, mascullando, algunas palabras, lo dobló, metiéndolo en un sobre, tocó un timbre y lo entregó al criado que apareció al momento.

—Para el Gobernador —dijo—; a escape.

—¿Qué hacéis? —preguntó el seudo Mr. Fairfax.

—Pido al Gobernador de Java ponga a nuestra disposición algunos soldados y guardias indígenas.

Aunque es holandés, no se negará seguramente, tratándose de un delincuente común y de los más temidos, a concedernos la ayuda pedida.

¿Tenéis algo que objetar, *mister*?

—Nada.

—¿Queréis obrar con más rapidez?

—Sí; ese granuja podía escapársenos.

—Bien; dentro de una hora a lo más estaremos en el Hotel de Holanda.

—Cuento con ello.

—Pero, ¿y si entre tanto el bribón se pusiese en salvo?

—No sospecha nada, estoy seguro de ello.

—Sin embargo...

—Están tomadas todas las precauciones.

—¡Ah! ¿Disponéis de otros recursos?

—En efecto.

—¿Se trata...?

—Ya lo veréis.

—Como gustéis. ¿Deseáis retiraros, Mr. Fairfax?

—No, esperaré aquí, si no os molesto.

—De ningún modo; estáis en vuestra casa.

—Gracias.

—Dejaos de cumplidos, *mister*, y permitidme haceros una nueva pregunta a la que, si no hay inconveniente, desearía contestárais con toda claridad.

—Hablad.

El Cónsul hizo una inclinación de cabeza y dijo:

¿Cómo habéis podido, vos sólo, conseguir lo que no han podido alcanzar tantos hombres de valía, expertos y provistos de los más poderosos medios de ofensa y de defensa?

Mr. Fairfax sonrió.

—Es que yo estoy animado por el más terrible de los incentivos.

—¿Cual?

—El del odio.

—¡Ah, diablo! Suponía otra cosa bien distinta.

—¿El dinero?

—Sí.

—Os engaños; odio al comandante del *Crucero sin nombre*, con toda mi alma; este odio ha sido, hasta aquí, mi guía, mi sostén, el hilo de Ariadna que ha servido para resolver el enigma que constituye la pesadilla de todo el mundo civilizado. El me ha hecho encontrar el mejor camino para llegar a la victoria y he aquí de qué manera.

Ya sabéis que, cuando se detesta a una persona, casi involuntariamente se tiene el mismo sentimiento hacia las personas que aman o protegen a nuestro enemigo.

Eso me ha sucedido a mí: el odio que me inspiró ese hombre recayó, aunque atenuado, sobre sus amigos, cuyos actos comencé a vigilar con una secreta esperanza.

No tardé en darme cuenta de que miss Polly Lobster, que estuvo a punto de ser la esposa de nuestro feniano, había modificado el concepto demasiado desfavorable que de su novio había formado en la época de su condena por un gran robo cometido.

—¡Ah! —exclamó el Cónsul, estremeciéndose—. ¿Aludís al robo de cien mil pesetas hecho al difunto Mr. Cynus Lobster, el 28 de julio de 1880?

—Sí.

—Del cual recayó la culpa sobre un tal Alberto...

—Wendover, sí.

—¿Y habrá sido éste...?

—El que planeó el rapto del *General Belgrano*, el jefe de piratas que aterra los mares y tiene en jaque a la flota inglesa.

—Es curioso, es curioso —murmuró el Cónsul.

—¿Qué decís? —preguntó el seudo Mr. Fairfax.

—Nada; proseguid, *mister*.

—Os hablaba de miss Polly; decidí no perderla de vista, pues su conducta me había llamado la atención, y logré sorprender misteriosos diálogos entre ella y un señor anciano en el que reconocí sin ningún género de dudas a un protector de Alberto Wendover.

¿Qué finalidad tenían aquellas conversaciones?

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN

SALGARI:

A bordo del "Taymir" Un tomo
Las panteras de Argel. Dos tomos
El filtro de los Califas. Un tomo

CADA TOMO,

1,25 pesetas.

LOS ESCLAVOS AMARILLOS

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)



EN la bodega no había nada que pudiese servir de arma alguna a la desesperación, pues cada chino, al bajar a ella, había sido registrado cuidadosamente; hasta las tradicionales coletas, adorno de toda canbezachina, habían sido escudriñadas por las rudas manos de los marineros, ante el temor que escondiesen algún arma. John Taylor podía, pues, dormir tranquilo.

Habían transcurrido catorce días desde que el pésimo velero *Alabama* había salido de Canton, cuando estalló una violenta epidemia entre los chinos amontonados en la bodega.

Una cruel enfermedad diezmaba aquellos desgraciados, y no pasaba día sin que fuesen echados una veintena de cadáveres a los tiburones, que seguían la nave como si hubiesen olido pasto abundante. El capitán, a la observación de Wang-Koa induciéndole a suministrar medicinas a los enfermos y permitir a los demás subir sobre cubierta, a fin de que pudieran respirar un poco de aire puro, había contestado encogiéndose de hombros:

—El transporte está pagado, y lo mismo me da llegar a Java con ochocientos que con doscientos. No he

sido yo el que ha producido la epidemia. Que se las arreglen como puedan; tengo muchas otras cosas que hacer para ocuparme de tus compatriotas.

Al oír aquella respuesta, una llamarada de ira había relampagueado en los oblicuos ojos del chino.

—¿Es tu última palabra? —preguntó con los dientes apretados.

—¿Qué quieres decir con esto? ¿Es una amenaza quizá? Te advierto que dispongo de dos cañones y de cuarenta marineros que no conocen el miedo.

—¡Eres cruel! —dijo el chino.

—Soy un honrado traficante, y nada más —replicó el capitán.

—Los que sufren y mueren en la bodega son hombres.

—Vete al infierno y no me molestes más.

Y le volvió la espalda con un gesto despreciativo.

El viaje proseguía, y el contagio, en vez de disminuir, aumentaba horriblemente. Por poco que durase,

ni un solo chino llegaría a las plantaciones javanesas.

Wang-Koa, desesperado, asistía impotente a aquel estrago. El odio que sentía contra el inhumano capitán había llegado a tal extremo, que más de una vez había estado a punto de coger un arma para matarlo.

El *Alabama* había alcanzado ya las cercanías de Borneo, cuando el tiempo, que hasta entonces se mantenía tranquilo, se estropeó de pronto.

Soplaban del norte vientos impetuosos, y olas inmensas recorrían el mar Sulú, chocaban fuertemente contra el barco, el cual apenas podía hacer frente a los desencadenados elementos.

El capitán comenzaba a preocuparse, por ser el mar de Sulú muy peligroso a causa de la inmensa cantidad de islotes bajos y de bancos coralíferos.

Hasta sus marineros, aunque todos elegidos a toda prueba, verda-

deros aventureros, habían perdido la tranquilidad, pues ya no era sólo de las olas que tenían que guardarse, sino también de los chinos, que hacía unos cuantos días se agitaban, amenazando rebelarse.

Wang-Koa era quizá el único que se mostraba satisfecho ante aquellas borrascas que azotaban sin descanso el barco. Veía en aquellos vientos y en aquellas olas dos aliados preciosos para su venganza.

La tercera noche de tormenta había llegado, y las tinieblas envolvían el mar, que rugía profundamente en torno del barco, al que hacía bailar furiosamente.

Soplaba un viento impetuoso, aullando siniestramente entre las cuerdas y las velas, levantando nuevas olas.





Los chinos, que durante la jornada no habían cesado de amenazar y blasfemar, se habían calmado al fin y dormían uno junto al otro, medio asfixiados por las emanaciones pestilentes que reinaban en la boega.

En la toldilla, catorce marineros velaban y maniobraban con el contramaestre y el segundo oficial, tratando de descubrir algo en medio de aquella profunda obscuridad, pues temían que la tormenta hubiese llevado a la nave fuera de rumbo, arrastrándola hacia los temidos islotes del Sulú. Wang-Koa, acurrucado detrás del castillete de popa, miraba de reojo al timonel. Si alguien le hubiese observado habría descubierto un relámpago de ira en sus ojos.

Pensaba, verdaderamente, en el momento en que podría sublevar a aquella turba vendida y estrangular a aquellos soberbios blancos, aquellos diablos de occidente que habían violado la libertad de sus hermanos y que ahora le llevaban a morir en países lejanos.

Y la ocasión se le presentaba. La noche seguía siendo oscura, y el barco, ferozmente combatido, se movía fatigosamente, y el timonel estaba solo y no parecía hacer caso al chino.

Dueño del timón, Wang-Koa sería dueño del barco.

De pronto, una ola barre la cubierta y arrastra al marinero, al que precipita contra el suelo.

Un relámpago sinietro brilla en los ojos del chino. Echa en torno una mirada felina, y dándose cuenta de que nadie se encuentra en el castillo de popa, coge entre sus vigorosos brazos al timonel, aún aturdido por el golpe, y lo precipita entre las ondas.

El desdichado lanza un grito.

Oyese un golpe y un desesperado lamento:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Doś marineros acuden de proa, gritando:

—¡Hombre al agua!

—¡Salvavidas al mar! —ordenó el segundo oficial—.

¡La guardia arriba del puentel

Anillos de corcho y maderos son lanzados al agua, mientras un marinero sube a lo alto de la cofa del palo

mayor, aunque, por causa de la obscuridad, haya pocas esperanzas de descubrir al náufrago.

¡Ah! Si el náufrago hubiese sido un chino, el *Alabama* habría proseguido tranquilamente su ruta sin preocuparse por el accidente; pero el náufrago era un marinero blanco, y había allí otros treinta y seis, sanos y salvos, que reclamaban imperiosamente con su presencia la asistencia del compañero en peligro.

Mientras los marineros de guardia, subiendo a la carrera, bajaban las velas, Wang-Koa, atando el timón hacia atrás, deslizábase calladamente a lo largo de la borda. Confiaba con la confusión, inevitable en casos tales, para libertar a sus compatriotas.

Y la confusión era completa en el barco.

Los marineros, asustados de las sacudidas impetuosas que sufría el *Alabama* a causa del timón, todo a un lado, y de las olas, que invadían la cubierta, y preocupados por salvar a un compañero, habían perdido la sangre fría y corrían de una parte a otra, gritando todos ellos, dando órdenes y nadie obediéndolos.

Era el momento ansiado por Wang-Koa.

Llega rápidamente a la escotilla central. Con una barra de hierro, haciendo palancas sobre la cadena que sujetaba la puerta, la destroza, y en seguida se deja caer en la bodega lanzando un agudo silbido.

Mientras en la cubierta la confusión había llegado al colmo, en las bodegas reinaba una insólita agitación.

Por grupos de tres, de cinco, de diez y de veinte, los chinos surgían tumultuosamente sobre cubierta con el frenesí de una manada de lobos saliendo de sus jaulas.

Un aullido terrible desgarró las tinieblas:

—¡Extranjeros malditos!

Los chinos se apoderan de popa y proa; muchos tropiezan y caen, pero otros surgen de la bodega blasfemando y sedientos de sangre de los marineros, despiadados instrumentos del tráfico infame, los acorralan sobre cubierta, bajo cubierta, en las vergas, mientras entre los rugidos de las olas y los silbidos del viento se pierden los gritos de «¡traición! ¡traición!».

(Concluirá en el número próximo.)





¡MIRAD QUE RUINA DE HOMBRE!

¡LE HABRAN PUESTO ASI EL DIA DE SU SANTO!

COLORÍN Y SU PANDILLA



HOY ES MI SANTO Y MI MADRE NO QUIERE CONVIDAR A MIS AMIGOS DICE QUE NO HAY UN CENTIMO EN CASA PARA CONVIDAR A NADIE.

¡POBRE-CILLO! ¡NO LE VAN A REGALAR NADA!



¡POBRE CUCHI! ¡VOY A ORGANIZAR UNA MERENDONA EN MI CASA Y ASI LOS AMIGOS LE HARAN REGALOS!



¡HOY ES EL SANTO DE CUCHI! ¡INVITAD A TODOS LOS QUE CONOZCAIS A UNA MERENDONA EN MI CASA Y DECIDLES QUE TRAIGAN REGALOS!

¡MUY BIEN!

¡AHORA MISMO!



¡YA ESTA TODO ARREGLADO! ¡VAS A TENER MERENDOLA Y REGALOS! ANDA Y PONTE EL TRAJECITO DE LOS DOMINGOS!

¡OLE!



¡HOY ES EL SANTO DE CUCHI, PERO COMO ES MUY POBRE NO PUEDE CONVIDAR A NADIE, ASI QUE YO HE DICHO QUE VENGAN AQUI TODOS SUS AMIGOS, PORQUE...

¡PUES YA PUEDES DECIR QUE NO VENGAN! ¡ESTA NO ES UNA CASA DE COMIDAS! ¡NO MERIENDA AQUI NADIE!



¡ARREA, HE-MOS INVITADO MAS DE CINCUENTA SOCIOS Y AHORA RESULTA QUE MAGRAS!

¡QUÉ HACEMOS!

¡NO OS PREOCUPEIS! ¡TENGO UNA IDEA! ¡ESPERADME AQUI Y VOOS SACARE LOS REGALOS!



¡HAN LLAMADO! ¡YO ABRIRE!

¡SI ES ALGUNO DE ESOS DILE QUE SE VAYA!



¡ESPERAD AQUI HASTA QUE ESTEIS TODOS JUNTOS PARA QUE ENTREIS A LA VEZ! ¡DADME LOS REGALOS Y LOS IRE PONIENDO POR ORDEN!



¡TOMAD Y GUARDADLOS POR AHI! ¡VOY A LA OTRA PUERTA A RECIBIR MAS REGALOS!

¡COMPRENDIDO!

¡IERES UN HACHA, COLORÍN!



¡EH! ¡QUE YA HEMOS ESPERADO BASTANTE!

¡TODOS HE-MOSTRAIDO REGALOS!

¡LARGO DE AQUI SI NO QUEREIS QUE SAQUE LA ESCOBAYOS BARRA A TODOS!

¿CUANDO ENTRAMOS?

¿CUANDO MERENDAMOS?



¡GRACIAS A QUE MI SANTO NO ES MAS QUE UNA VEZ AL AÑO!

¡BUENO, MERENDADA PUEDE QUE NOTENGAMOS, PERO REGALOS.....!

¡HAY QUE VER LO QUETE QUIERENTUS AMIGOS, CUCHI!

¡¡Sólo quedan seis días!!

Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate. Para entrar en el TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (Primer premio: Una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de abril de 1927.

Ayuntamiento de Madrid

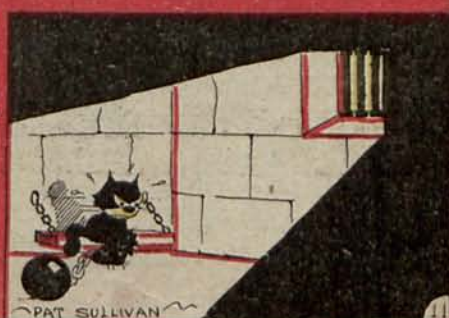
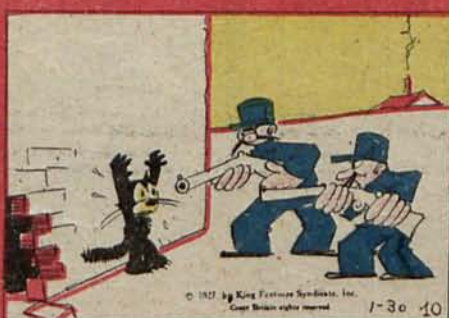
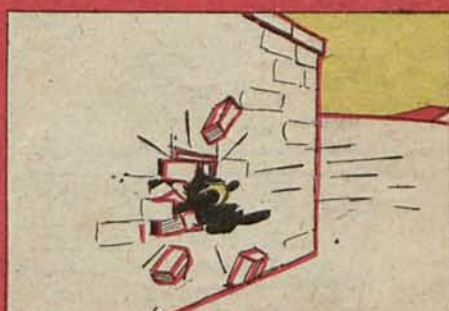


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





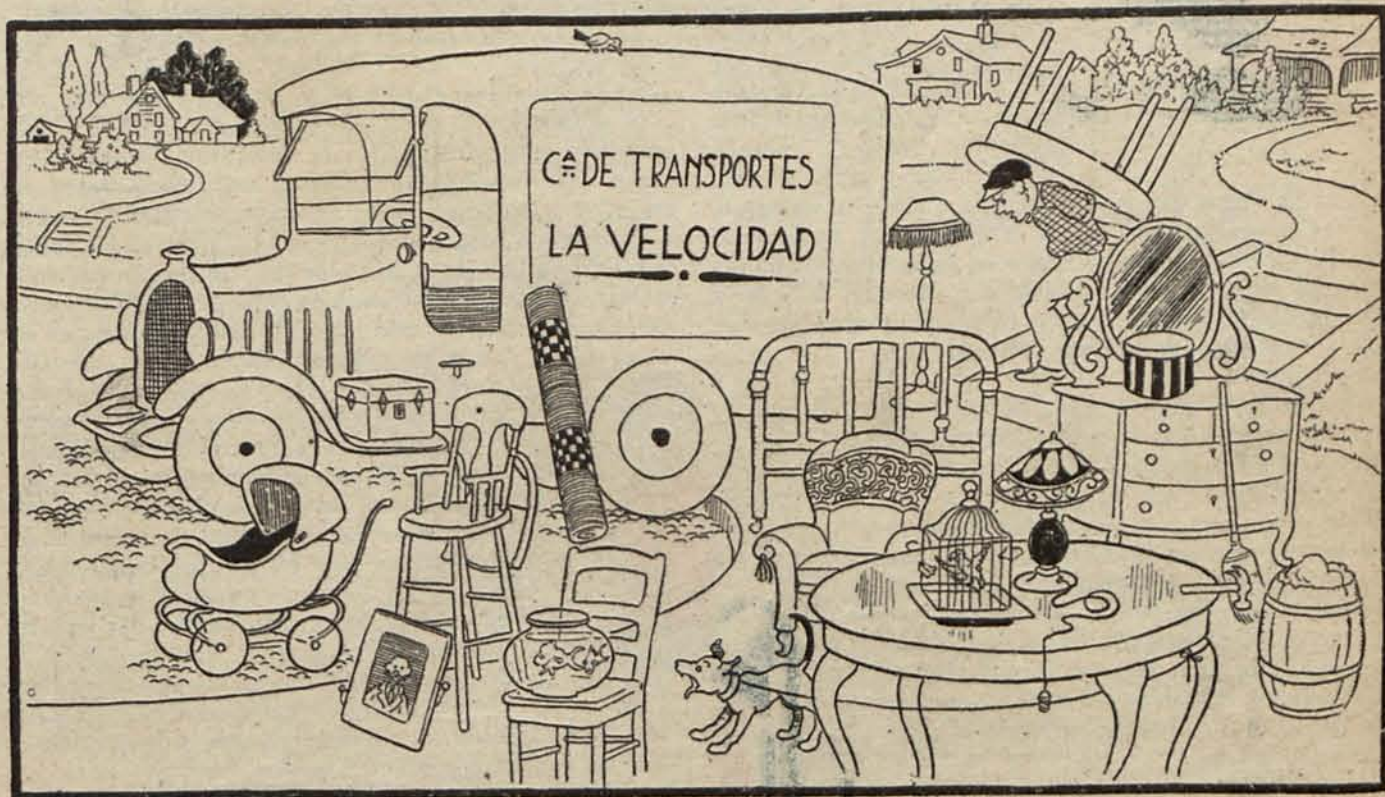
UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPONEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ABRIL DE 1927

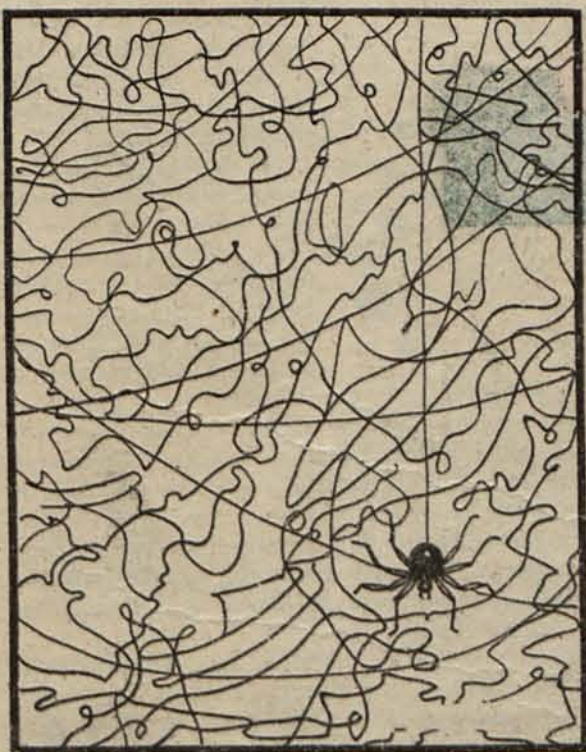
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUALES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



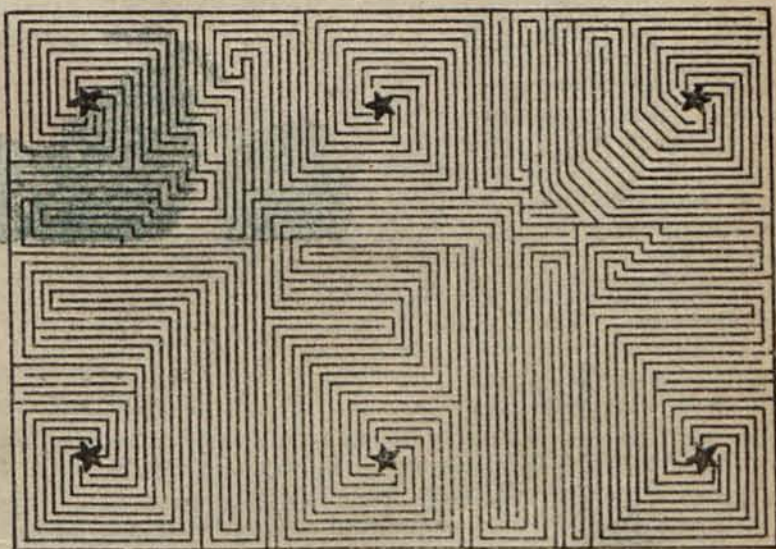
¡Estamos de mudanza! No os asustéis, no somos nosotros los que nos mudamos. Es un decir. Los que se mudan son unos vecinos. Si fuéramos nosotros, no serían mesas, ni cómodas, ni camas lo que trasladaríamos. Serían tableros de dibujo, caballetes, máquinas, prensas, etcétera. Por lo tanto, estad tranquilos, que nosotros seguimos viviendo y trabajando en la calle de Valencia, número 28, para lo que gustéis mandar. Lo que ocurre es que nuestro dibujante ha visto los muebles del vecino en la calle y los ha dibujado, y, como siempre, se ha colado, pues ha cometido diez errores. Uno de ellos, por ejemplo, es que el cuadro este, que está al pie de la silla de niño y apoyado en ella, tiene un colgador más alto que otro, y esto, como comprenderéis, está mal. ¿Cuales son los otros nueve errores?

LA ARAÑA DIBUJANTE



Esta araña se ha sentido dibujante y al trazar los hilos que constituyen su tela, ha dibujado tres cabezas. ¡Nada menos que tres cabezas! Una de niña y dos de hombre. ¿Dónde están?

LABERINTO



CUPÓN

DE SOLUCIONES
DEL MES DE ABRIL

114

Envío del suscriptor (1) D.

(1) Sólo los suscritores pueden tomar parte en el Concurso de Pasatiempos.

Largo recorrido es el que tenemos que hacer hoy. Se trata de partir de una de las estrellas de las esquinas y visitar las otras cinco. Se puede pasar varias veces por un mismo sitio e ir a la estrella que se quiera, pues no hay que seguir ningún orden determinado, pero lo que no se puede hacer es cruzar ninguna línea.

SECCIÓN PIRULA



PIRULA, BORDADORA

Un motivo geométrico.—No hay nada más variable que la edad de Maruchi; no parece sino que es una

cinta de goma que se estira y se encoge a voluntad. Ved si no: cuando mamá le manda que se acueste temprano porque aún es muy niña para estar levantada después de las nueve de la noche, Maruchi se yergue fieramente y protesta: «¿Muy niña? ¡Pero si dentro de nada —total unos meses— cumplo los doce años!».

En cambio, cuando papá se queja de que no estudie con la aplicación que corresponde a su edad, Maruchi pone ojos de angelito que en su vida ha roto un plato y, con voz de flauta, exclama mimosamente: «¿A mi edad? ¡Ni que fuera una vieja! Pues apenas hace nada —total unos meses— que cumplí los diez años».

Hoy, decididamente, se ve que Maruchi es toda una persona formal, futura bachillera; al volver de clase, anuncia triunfalmente que ha empezado a estudiar geometría.

—¿Puedes decirme lo que es geometría? —pregunta papá.

Maruchi queda en suspenso un instante, pues no es lo mismo estudiar una cosa y saber lo que es, que definirla correctamente. Pero su perplejidad no dura; Maruchi tiene recursos para todo.

—Espera un minuto, papaito —dice—, ahora mismo te lo voy a explicar.

Corre a su cuarto, se precipita hacia su *Diccionario* de Calleja, lo abre y al poco rato vuelve.

—Pues mira, papaito —declara con admirable seguridad—, geometría es la rama de las matemáticas que tiene por objeto el estudio de los cuerpos por lo que atañe a su forma.

Papá se queda maravillado de esta definición correctísima, y, naturalmente (los papás son a veces ¡tan candorosos!), no sospecha el truco.

El estudio de esta «rama de las matemáticas que tiene... etc...» obsesiona a Maruchi; sueña con cubos (y no de agua, ¿eh?); en su lección de música, al pentágrama le llama pentágono, y suspira por un balón de fútbol que sea triangular.

Seguramente, si yo le propusiese alguna labor de bordado que representase flores u otros motivos de fantasía, la rechazaría con desdén. En cambio, la que aparece en esta página será seguramente de su agrado.

Es un motivo geométrico que puede reproducirse a punto de cruz, al pasado o con vainicas; es muy apropiado para mantelería y también para prendas de vestir de un estilo algo deportivo, como, por ejemplo, los *sweaters*, de punto o de kasha que se llevan con falditas plisadas.

Su gracia y buen gusto residen sobre todo en su sencillez, de una precisión... matemática, que diría la sabia Maruchi.

La cesta de frutas.—Pocos motivos habrá tan graciosos —y desde luego ninguno tan oportuno— como las frutas para adornar una mantelería.

Esta hermosa cesta de naranjas, peras, uvas y manzanas puede reproducirse de tres maneras distintas:

La primera consiste en un sencillo bordado.

La segunda en telas cortadas y aplicadas.

En la tercera se combinan la pintura y la aguja.

Si optáis por el primer sistema, que es el más fácil y cómodo, pero también, ¡ay!, el menos lucido, podéis hacer la cesta a punto de cordón y las frutas a realce, en color, rodeándolas con un punto de cordón, en negro.

Para las telas aplicadas conviene utilizar, en este caso, la *toile* de hilo o de seda en los colores propios de cada fruta. La cesta será entonces en color oro pálido con las rayas negras; negras también serán las puntadas que rodean las frutas sujetando la tela aplicada,

pues nada hay más a propósito que lo negro para dar realce a los colores fuertes.

Si os decidís a emprender la delicadísima tarea de reproducir este motivo pintándolo con lápices especiales para el caso, el resultado os compensará de la dificultad de esta labor. Os aconsejo que pintéis las manzanas en amarillo, la naranja en rojo, la pera en verde y las uvas en un tono ocre dorado. En cualquiera de los tres casos, las frutas aparecerán tan apetitosas, que inspirarán irresistibles deseos de comérselas; que es lo que vamos a hacer ahora mismo; pero en dulce.

PIRULA, REPOSTERA

Golosina de abril: mermelada de naranjas.—Ya se van acabando las naranjas; escasean, encarece su precio, las destronan las cerezas y las fresas. ¡Qué lástima! Les vamos a dedicar el mejor de los homenajes y de los recuerdos haciendo con ellas una mermelada riquísima que nos consolará durante unos meses de la casi desaparición de las naranjas frescas.

La receta de mi mermelada de naranja es como sigue:

Se coge igual peso de azúcar que de naranjas, que viene a ser: para quince hermosas naranjas, tres kilos de azúcar; o para doce naranjas, dos kilos y medio de azúcar.

Se raspan las naranjas hasta quitarles enteramente el brillo.

Por otra parte, se pone en la lumbre una caldera bastante grande para que quepan en ella todas las naranjas; esta caldera se llena de agua, y cuando el

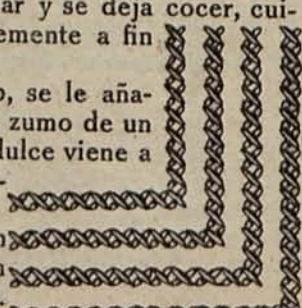
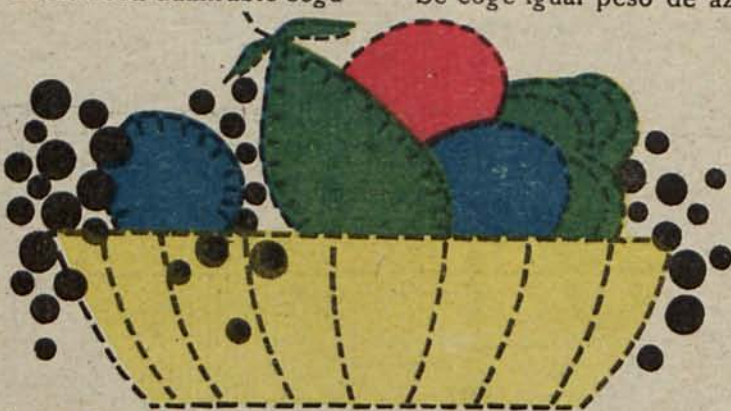
agua hierve a borbotones, se echan las naranjas dentro y se las deja hervir un cuarto de hora por lo menos. Después se retiran con cuidado y se colocan sobre un paño blanco para que se vayan secando.

Se hace por separado el almíbar del modo siguiente: se pone sobre la lumbre el azúcar con agua, calculando dos vasos de agua por kilo de azúcar y se deja cocer hasta que forme espuma.

Entonces se cortan las naranjas, cada una en ocho pedazos; se echan en el almíbar y se deja cocer, cuidando de removerlo constantemente a fin de que no se agarre.

Cuando el dulce está espeso, se le añade una barrita de vainilla y el zumo de un limón. Hirviendo sin cesar, el dulce viene a tardar unas dos horas hasta estar en su punto.

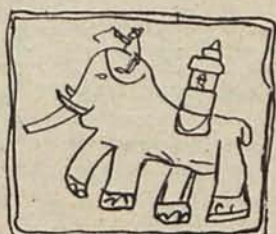
Y de esta manera queda tan sabrosa, que puede tardarse aún bastante menos en comérsela.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Elefante indio.
ANTONIO DÍEZ SANDES.



Miraguano.
MERCEDITAS ARRARTE.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA

CORRESPONDIENTE AL NÚM. 114

Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



Holandesa.

CARMEN DE TERRY. Chapete, burdo muñeco de trapo.
MERCEDES REY.



Gracias a la medalla.

En la primera guerra carlista, que tan funestos resultados tuvo para España, vivían en Madrid un matrimonio con dos hijos, Ernesto y Enrique, de tres y dos años, respectivamente; su padre, llamado a las armas, no volvió, y su madre murió unos meses más tarde; antes de morir puso a sus hijos una medalla a cada uno, exactamente iguales, quedando los dos huérfanos al cuidado de su tía. Pasaron los años; un hermano de la madre partió para América, llevándose a su sobrino Ernesto; a los cinco días recibieron la noticia que en un fuerte temporal naufragó el barco con todos sus tripulantes.

Estalló la segunda guerra carlista, y Enrique combatía por la causa carlista; después de un reñido combate, estaba descansando a la sombra de un árbol, cuando vio que venía hacia él un liberal; una lucha sería de muy malos resultados para Enrique, pues sólo llevaba un cuchillo, mientras el otro tenía dos magníficas pistolas; reflexionando un momento, le tiró su cuchillo, con tan mala puntería, que sólo rasgó el uniforme, dejando al descubierto una medalla; al verla gritó:

—¡Enrique, hermano mío!
Mientras, se desabrochaba mostrando la suya, y los dos se abrazaron; Ernesto dejó la causa liberal, y mientras iban al campamento le contó que, en efecto, naufragó el barco; pero él, agarrándose a una tabla, se salvó, recogiendo a un pasajero que estaba ahogándose, resultando ser el millonario X, dándole en agradecimiento su protección, pudiendo hacer un gran capital, y que había querido alistarse en el partido liberal para buscar más fácilmente noticias de su hermano, y, gracias a Dios, lo había logrado.

AMÉRICA MATILLA.
Trece años. Madrid.

El golfo.

Era un golfo, sobre poco más o menos de quince años, que se ganaba la vida de lo que robaba.

Un día, a la salida del teatro, el golfo estaba por ahí a ver si pescaba algo. Se encontró en el suelo una cruz, que el chico creyó que era buena. Pensó dársela a un guardia de los que por allí andaban, pero no se atrevió. Se fue a su choza, pues vivía en una porque era muy pobre, y guardó la cruz donde no pudiera nadie saber dónde estaba. A la mañana siguiente pensó llevarla a un joyero, pero también temió que creyera que la había robado, porque llevaba un mal vestido. ¿Pero cómo comprarse otro? No tenía dinero. ¿Qué hacer? —pensaba el chico—, hasta que al fin pensó trabajar para poderse comprar un traje de señorito, un sombrero y unos zapatos.

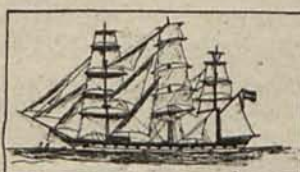
Salió esa misma mañana a buscar trabajo, pero no encontró, y se volvió a su choza sin tener esperanzas; comió lo poco que tenía del día anterior y se fue otra vez. Vió una casa de un señor muy rico y muy caritativo, y pensó que él le podía dar trabajo; subió las escaleras y le salió a abrir un criado muy bien vestido, y el chico dijo a lo que iba; le dijo que pasara al despacho, y allí encontró al señor, y el chico en seguida intimó con él y le contó toda su vida.

Al señor le pareció buen chico y le topó para empleado de un Banco que él tenía. Un año después, el chico ya no era un golfo, sino un señorito. Se compró un traje, mejor dicho, todo lo necesario, y se fue a la joyería y enseñó la cruz que se había encontrado al dueño de la tienda, que le dijo que era falsa, y el chico dijo para sus adentros: «Esta cruz la guardaré como si valiera millones, pues me ha enseñado a trabajar».

ELISA RIVERA.
Doce años. Madrid.



La jota aragonesa.
MANUEL NIETO.
Diez años.



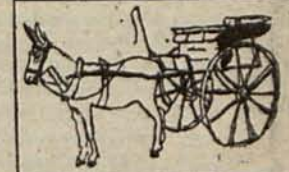
Un velero.
MIGUEL ALBIÑANA.



—Traígame dos perdices fritas, pero volando.
—El señor perdonará, pero las perdices que tenemos fritas no vuelan.
ANGEL G. FERNÁNDEZ.



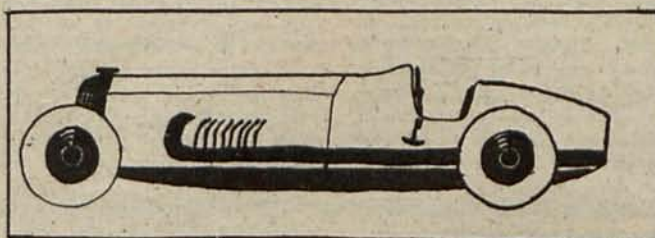
Retrato de Pinocho.
B. R. HERNÁNDEZ.



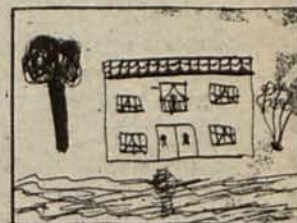
Coche de Pinocho.
EUSTAQUIO URETA.



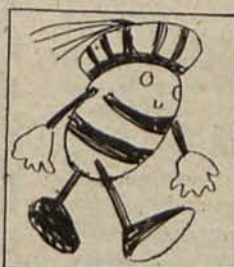
La casa de Pinocho.
EUGENIA TREJOS.
Doce años.



El nuevo auto de Pinocho.
JOSÉ MARÍA PIÑAR. Trece años.



La casa de mi tío.
CARMEN MALDONADO.
Once años.



Chapete.
MARIANO COSTA.
Doce años.

Cuento andaluz.
—En mi pueblo —decía un andaluz a otro— hay una col tan grande, que debajo de ella se echan a dormir la siesta seis cuadrillas de segadores.
—Pues en el mío —decía el otro— están haciendo una caldera tan grande, que trabajan en ella doscientos caldereros y no se oyen los golpes unos a otros.
—Oiga usted, compadre, ¿para qué es esa caldera?
—Pues para cocer la col de su pueblo.

ENRIQUE RIQUELME.
Diez años. Madrid.



Un castillo.
PILAR AVEDILLO.
Once años.



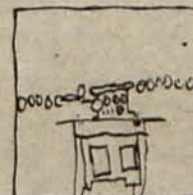
Caballo.
F. P. MIRARETE.



Mi pajarito, de chulo.
M. ARRARTE.



Un balandro.
M. CHAVARRI.



Mi aparato de radi.
FEDERICO G. ROSADO.
Ocho años.



Tom Mix.
JULIÁN ORDEN.
Trece años.



ALÁ ADDÍN ABUSAMÁT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación)

apenas hubo hecho sus abluciones y su oración de la mañana, se dirigió al calabozo y dijo al famoso bandido:

—¡Oh Ahmed Camáquim, oh ladrón! ¿Te arrepientes de todo lo que has hecho?

—Ciertamente —contestó—; vuelvo contrito a Dios, y con el corazón y con la lengua exclamo: ¡Dios me perdone!

El gobernador lo sacó del calabozo y se lo llevó al Consejo, aunque todavía con sus cadenas. Se dirigió al Califa y prosternóse en su presencia.

—¿Qué quieres, oh emir Jálid? —le preguntó el soberano.

E hizo avanzar al bandolero, encadenado, hasta la persona del Sultán.

—¿Todavía estás vivo, Camáquim? —preguntó el Califa al reconocerlo.

—¡Oh Príncipe de los creyentes, cosa mala nunca mueres! —replicó el bandido.

—¿Para qué me has traído a este individuo aquí, emir Jálid? —interrogó el Califa.

—Señor, porque tiene a su desolada madre, una pobre anciana, que no le queda nadie en el mundo sino este hijo, la cual ha suplicado a tu siervo que intercediera delante de ti, oh Príncipe de los creyentes, para que le desataras sus cadenas, ya que él está muy arrepentido de los delitos que cometió, y para que lo volvieras a nombrar jefe de los vigilantes como lo fué anteriormente.

—¿Estás bien arrepentido de tu vida pasada? —preguntó el Sultán al bandolero.

—Yo vuelvo a Dios con arrepentimiento, oh poderoso monarca —contestó.

Y el Califa mandó venir a los herreros, desató sus cadenas, y le nombró jefe de los vigilantes, encargándole que se portara bien y correctamente. Besó las manos al Sultán y bajó a las calles, investido con el traje de su nuevo cargo; y pregonaron por la ciudad su nombramiento.

Pasó algunos días en su nuevo estado. La mujer del gobernador preguntó a la madre de Camáquim si no le había dicho nada respecto a lo que a ella le interesaba; la vieja fué a ver a su hijo y lo encontró borracho.

—Hijo mío —le dijo—; ya sabes que quien más influyó para que salieras de la cárcel fué la esposa del gobernador; pues bien, ahora quiere de ti que te arregles de manera que mates a Alá Addín y que robes a Jazmín, su esposa.

—Eso es facilísimo —contestó el bandido—: esta misma noche lo habré realizado.

Era aquella noche la primera del mes, y tenía por costumbre el Califa Harún Arraxid pasarlo en compañía de su esposa Zobeida, para libertar alguna esclava o algún siervo, o hacer alguna otra cosa buena como éstas. Acostumbraba el Califa a despojarse de sus vestidos y a dejar el rosario, la daga y sello real, poniéndolo todo sobre el trono en el salón. Tenía el Sultán una lámpara de oro con tres perlas engarzadas con un hilo de oro, lámpara que estimaba sobremanera. El soberano encargó a su servidumbre que cuidaran del vestido, de la lámpara y las demás cosas, y penetró en las habitaciones de su esposa.

Esperó Ahmed Camáquim el Ladrón a que mediara la noche, a que luciera Canope en el cielo, a que durmieran las criaturas, a que el Creador cubriera con manto de sombras a toda la tierra. Sacó la espada y la empuñó con la mano derecha, en la izquierda cogió sus herramientas para robar, y se acercó con mucho tiento al salón del Califa, y fijó una escala portátil; echó luego al salón sus herramientas, subió por la escala hasta la azotea, alzó la ventana que daba al salón, bajó por ella, encontrándose a los criados dormidos; se apoderó del vestido del Califa, del rosario, de la daga, del pañuelo, del sello y de la lámpara de perlas. Bajó por el mismo camino por donde había subido y se dirigió a casa de Alá Addín Abusamat. Penetró con sumo cuidado en el salón principal de la casa, a la sazón desierto; levantó una losa de mármol del pavimento, hizo un hoyo debajo y metió en él alguno de los efectos robados al Califa, quedándose con otros. Sujetó luego con yeso la losa de mármol, dejándola lo mismo que estaba y se retiró por donde había subido, diciéndose para sus adentros: «Me sentaré a emborracharme, poniendo esta lámpara delante de mí y bebiendo vasos alumbrado con su luz.» Y se encaminó a su casa.

Amaneció. El Califa dirigióse al salón y encontró a sus servidores dormidos, como atontados por el opio. Los despertó y extendió sus manos hacia el trono y no encontró

ni el vestido, ni el anillo, ni el rosario, ni la daga, ni el pañuelo, ni la lámpara. No pudo reprimir un fuerte grito, y enfurecido, se puso un vestido de color rojo (en señal de ira), y así se presentó en el Consejo. Acercósele el visir, prosternóse en su presencia y le dijo:

—¡Que Dios aparte el mal del Príncipe de los creyentes!

—El mal es tremendo, oh visir! —contestó con sequedad.

—¿Qué ha sucedido, señor? —preguntó el visir.

Y empezó a contarle todo lo que había pasado. Mientras, subió el gobernador y a su lado venía Ahmed Camáquim el Ladrón, que notó que el Califa estaba enfurecido. Así que Harún vió al gobernador, le preguntó:

—¡Oh emir Jálid! ¿Cómo está Bagdad?

—Tranquila y segura, señor.

—¡Mientes!

—¿Por qué, oh rey del tiempo?

El Sultán le contó la historia y le dijo:

—Quedas obligado, sin excusa ni pretexto, a devolverme lo que me han robado.

—Señor —contestó—; los gusanos del vinagre son en esto y de esto; y ningún extraño puede jamás penetrar hasta este lugar.

—Si tú no me devuelves todas estas cosas, te mataré.

—Antes de que me des la muerte, debes ejecutar a Ahmed Camáquim, pues sólo el jefe de los vigilantes puede conocer a los ladrones y a los traidores.

Y Camáquim, levantándose, dijo al Califa:

Acepta, señor, mi intercesión en favor del gobernador; yo te respondo del ladrón y seguiré sus huellas hasta encontrarlos. Ahora bien, pon a mis órdenes dos funcionarios del juez y otros dos del gobernador, pues el que ha cometido este crimen sin temor a tu grandeza, no va a respetar al gobernador ni a nadie.

—Concedido lo que pides; pero debes empezar la investigación en mi palacio; después en el del visir, y luego en el del jefe de los Sesentas.

—Llevas razón, oh Príncipe de los creyentes; probablemente el que ha hecho esta hazaña es uno que ha tenido cargo en el palacio del Sultán o en casa de alguno de sus más señalados oficiales.

—¡Por vida de mi cabeza! —exclamó el Sultán enfurecido— ¡Juro que a todo el que aparezca complicado en esta villanía lo he de matar, aunque sea mi propio hijo!

Seguidamente, Ahmed Camáquim tomó los hombres que quiso y recibió un decreto imperial autorizándolo para entrar por fuerza en las casas y verificar registros domiciliarios. Bajó, llevando en su mano una vara, un tercio de la cual era de bronce, otro tercio, de cobre, y otro de hierro y de acero. Empezó registrando el palacio del Sultán y el del visir Cháfar; recorrió luego las casas de los ministros y de sus lugartenientes, hasta que le tocó el turno a la casa de Alá Addín Abusamat. Cuando éste oyó rumor de gentes a la puerta, bajó con rapidez y se encontró al gobernador en medio del tumulto.

—¿Qué sucede, oh emir Jálid? —le preguntó ansioso.

Contóle el gobernador todo lo que sucedía y entonces Alá Addín le dijo:

—Entrad, entrad en mi casa y registradla.

—¡Perdón, señor! —exclamó Jálid—. Tú eres creyente y es imposible que el hombre fiel sea traidor.

Pero Alá Addín insistía en que necesariamente habían de registrar su domicilio. Al fin entró el gobernador y lo siguieron los jueces y los testigos. Ahmed Camáquim se adelantó hasta el centro del salón; llegando hasta el mármol, debajo del cual había encerrado los objetos robados, dejó caer el bastón sobre la losa de mármol con tanta fuerza, que la rompió: entonces se vió algo que brillaba en el fondo, detrás de ella. El jefe de los vigilantes exclamó inocentemente:

—¡En el nombre de Dios! ¡Bendita sea la voluntad de Dios! En nuestra presencia se ha abierto un tesoro: veámos lo que encierra.

Y el juez y los testigos se acercaron a aquel sitio y encontraron en el hoyo los objetos robados. Levantaron un acta de cómo hallaron aquellas cosas en casa de Alá Addín, sellándola al final; dieron después orden de detener al presunto ladrón; le quitaron el turbante de su cabeza (en señal de deshonor), y confiscaron sus dineros y su hacienda. Ahmed Camáquim, eh el revuelo que se formó,

(Continuará en el número próximo.)



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero saber, querido buho, si es verdad que pueden adivinarse nuestros pensamientos y nuestro porvenir.

—Ya sé por qué me haces esa pregunta.

—Entonces tú eres un adivinador de lo que yo pienso.

—En esta ocasión, sí, y en otras muchas, también. Pero no vayas a creer por eso que ni yo, ni nadie, tenemos esa facultad de adivinar el pensamiento de las personas.

—¿Cómo dices, pues, que sabes por qué te hago esta pregunta?

—Por deducción, querido Chonón. De unas cosas se deducen otras. Pero esto no es adivinar el pensamiento. Esto es simplemente deducir una consecuencia lógica de la forma o intención con que se hace una pregunta.

—Explicáte mejor, porque si no me quedo en ayunas, mi querido buho.

—Te pondré un ejemplo. Vamos a suponer que tú y yo nos disponemos a salir de paseo. Cuando ya vamos a salir a la escalera, yo te hago esta pregunta: ¿Oye, Chonón, lloverá? En este momento tú sabes muy bien lo que yo pienso. Sabes por qué te he hecho esa pregunta ¿verdad?

—Yo creo que me lo preguntas para sacar o no el paraguas, ¿no es eso?

—Exactamente. Ya ves como por deducción has sabido el motivo de mi pregunta; pero de esto a que ni tú, ni yo, ni nadie, pueda adivinar cuando le plazca el pensamiento de otra persona, hay un abismo.

—¿Y de qué has deducido tú la causa de la pregunta que yo te he hecho?

—Cuando tú cruzabas la calle para entrar en mi casa estaba yo detrás de los cristales del balcón y he visto que una gitana que había en la esquina te ha seguido un ratito, con intención, sin duda, de decirte la buenaventura. Ha querido que le dieras una limosma a cambio de una supuesta predicción del porvenir. Y yo me he figurado en seguida que esto te iba a intrigar. Un muchacho de imaginación tan despierta como la tuya no podía conformarse con oír la promesa de una segura adivinación del porvenir sin pensar en el fundamento de ello. Has hecho muy bien en consultarme a mí. Si te hubieses callado el encuentro con la gitana y allá en tus adentros hubieras pensado sobre si la predicción de la buenaventura podía o no ser verdad, habrías perdido un precioso tiempo en malgastar tu imaginación en una cosa que no es más que un engaño. La predicción del porvenir no la puede hacer nadie; ello sería una facultad sobrenatural de que no puede disponer ningún ser humano.

—Pues yo sé de muchas personas que creen a pies juntillas en la buenaventura.

—Ya lo creo; y también las hay que creen que el porvenir se descubre con una simple combinación de cartas de baraja. ¡Ignorancia, querido Chonón, nada más que ignorancia!

—¿Entonces no hay manera de saber lo que a cada persona le espera el día de mañana?

—Ya te he dicho antes que por deducción puede suponerse que las cosas ocurrirán como la lógica hace suponer que ocurran. A un muchacho bueno, estudioso, trabajador, honrado y con talento, es de suponer que le aguarde un porvenir venturoso. De él hay que esperar un hombre de provecho y es lógico pensar que sus actividades le proporcionarán una situación social envidiable. En cambio de un muchacho malo, desaplicado y vago no se puede esperar nada bueno. Hay que suponer que su porvenir será poco afortunado.

—Eso es verdad.

—También sucede que cuando conocemos mucho a las personas con quien hablamos deducimos, por algunos gestos, lo que en ciertos momentos están pensando.

—Por eso dicen que la cara es el espejo del alma.

—Así es; yo, por ejemplo, te conozco a ti lo suficiente para ver muchas veces en tu cara el retrato de tus sentimientos. Durante mis conferencias voy adivinando en tu rostro las sensaciones de asombro, de duda, de alegría o de tristeza que te van produciendo mis palabras. Todo esto es debido a que a fuerza de verte un día y otro día me sé de memoria la expresión de tu cara. Pero conste que estas supuestas adivinaciones de pensamiento son simplemente una deducción.

—Yo he leído en un libro sobre las costumbres de la India que hay en aquel país muchos hombres que se dedican a explotar lo que llaman ciencias ocultas y que viven adivinando cosas y prediciendo el porvenir de los indios que acuden a sus consultas. La vida de estos hombres adivinos está rodeada de misterios. Tienen unos gabinetes llenos de las cosas más extrañas. Esqueletos, bolas de cristal, animales disecados, espejos raros, etc., etc.

—Todo eso son patrañas para explotar la ignorancia de las gentes. Es muy corriente en la vida que muchos listos empleen su superioridad mental en vivir a costa de los tontos. Por eso hay que procurar por todos medios no pasar por tonto en ninguna parte.

—Tienes razón, mi sabio buho. Ahora comprendo que si esa gitana que se me ha acercado tuviese el don de adivinar las cosas no habría pretendido decirme la buenaventura.

—Ella lo ha hecho por ver si te sacaba unas perras.

—Precisamente por eso. Si su imaginación adivina las cosas, hubiese adivinado que yo no llevaba ni un céntimo en los bolsillos.

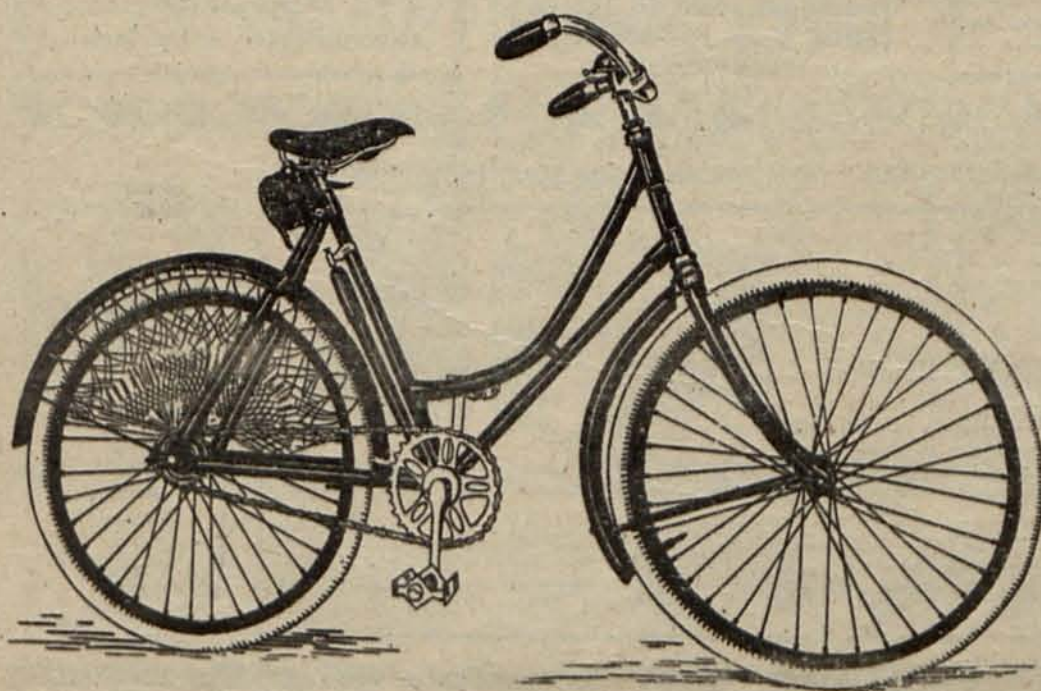
—¡Eres un sabio, querido Chononcito!

—De tal maestro tal discípulo. ¿Quieres que te adivine lo que piensas en este instante?

—A ver si aciertas.

—Pues estás pensando que ya hemos hablado bastante por hoy y que nos debemos ir.

—No lo pensaba aún, pero ya que tú lo piensas así, sea.



MAGNÍFICA BICICLETA
QUE REGALO A MIS
SUSCRITORES EN MI
TERCER
GRAN SORTEO
DE
REGALOS

Pinocho



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Antonio Cano.—Han llegado siete dibujos tuyos que son siete magníficas obras de arte; pero me encuentro con que sólo vienen acompañados de un solo cupón. Como quiera que para mí hubiera sido tarea muy difícil escoger entre todos el dibujo más perfecto, porque todos son perfectísimos, queda escogido para publicarse el que viene unido al cupón. Para los demás espero que me enviarás también sus correspondientes cupones, pues sería una gran lástima que, por no cumplir este indispensable requisito, se quedasen sin aparecer en mi Revista. Tuyo siempre.

Margarita Neyra.—No precisa que obtengas ningún premio en los «Concursos de Pasatiempos» ni en la «Colaboración Infantil» para que tu retrato pueda publicarse. El hecho de ser suscritora te concede ya este derecho por sólo serio. Es decir, que puedes enviarme tu retrato cuando gustes y se publicará en mi Revista. Muchos abrazos de Pirula, Anita y Laura.

Leoncio R. de Rueda.—Eso que tú quieres no puede ser. Si tus cuentos hubieran de publicarse en lugar independiente de la sección de «Colaboración Infantil», estableceríamos un precedente que acarrearía consecuencias de incalculable trascendencia. Imagínate el problema que se me plantearía si los miles de pinochistas, todos grandes amigos míos, me pidieran cada uno una plana para publicar sus cuentos. Sería el caos, queridísimo Leoncio. No puedo ni hacer un cálculo siquiera aproximado de los miles de páginas de que tendría que constar cada número de mi Revista. Piénsalo bien y verás cómo te pones completamente de acuerdo conmigo. Te envío muchos abrazos.

Consuelito Reyes.—Tus tres preciosísimos dibujos saldrán cuando les llegue el turno. Nos han gustado a todos extraordinariamente, y esperamos nuevas cosas tuyas para ir las publicando. Eres una artista enorme. Mi más calurosa felicitación y mis efusivos abrazos.

Laureano Castro Vega.—A mí no me da ni tanto así de miedo ese despreciable Chapete. Ni aunque venga con toda la partida de bandoleros con que

tú le defiendes en tu bonito cuento. Yo me las he visto con él en trances mucho más duros, en situaciones que para otro muñeco que no tuviera su corazón de madera templado a todas las emociones difícilmente hubiera podido salir de ellas airoosamente como yo he salido siempre. Paso por todo el argumento de tu cuento menos por ese instante en que me haces temblar ante la grotesca figura del malvado enemigo de trapo. No obstante, para que recibas una prueba más de mi noble proceder, se publicará el cuento, porque es un trabajo tan lindo que lo merece; pero que conste que a mí no me da ni tanto así de miedo ese despreciable Chapete. Tuyo siempre.

Miguel Francover.—Tu magnífica corrida de toros saldrá en mi Revista en cuanto le llegue su turno. Has quedado a una altura incommensurable como dibujante impresionista. En esa plaza de toros hay vida, hay luz, movimiento, color, alegría, bullicio. Es una impresión acertadísima. Abrazos muy cordiales.

Celia y Maruja Sanjuán.—Es una pena que dibujos tan lindos como los que me habéis enviado no puedan publicarse. Hay que hacerlos con tinta, porque de otra forma no pueden reproducirse. Además, no les dais color, porque salen sucios en el grabado. Espero nuevas cosas vuestras, hechas con tinta. Vuestro incondicional.

Pinocho

VALE por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribese aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor no podrá usar este vale.

ADEMÁS

de los regalos anteriormente establecidos, los suscriptores a PINOCHO por un año reciben ahora un BONO de VEINTICINCO PESETAS, que se admite COMO DINERO POR TODO SU VALOR para pagar un pedido de libros de CINCUENTA o más pesetas en la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Los suscriptores POR UN AÑO que no hayan recibido este BONO pueden pedirlo a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, incluyendo un sello de 25 céntimos y lo recibirán seguidamente.

DE LA COLECCIÓN
Cuentos de Calleja en Colores
TERCERA SERIE



Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy mismo éste BOLETÍN DE SUSCRICIÓN

D., que vive en (Población.)
..... se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1)

UN AÑO	{	cuyo importe de {
UN SEMESTRE		
UN TRIMESTRE		

20 pts.
10 pts.
5 pts.

remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28, Madrid.)
En a de de 192....
(Población.)

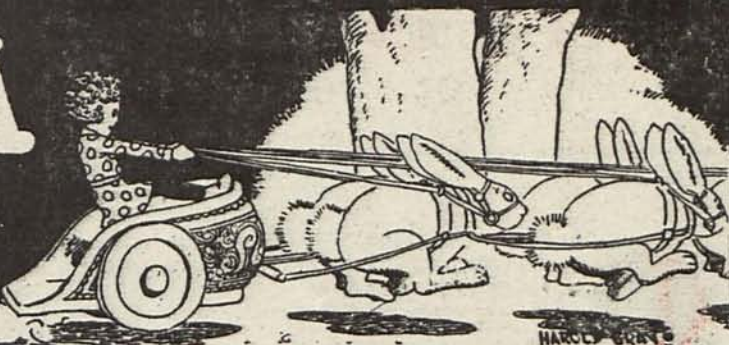
FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



ANITA

BUEN-CORAZON



MAÑANA ME VOY AL COLEGIO, PELUCHO. ES UN COLEGIO DE MUCHO POSTÍN.



Y MI PADRINO HA HECHO QUE ME RESERVEN UNA HABITACIÓN PARA MÍ SOLA Y ASÍ PODRÉ LLEVARTE A TÍ.



¡GUAAU!

¡MIRA QUE MALETÍN ME HAN COMPRADO! ¡TODO LO QUE HAY DENTRO ES DE PLATA FINA!



¡Y MIRA QUE BAUL, EL MEJOR Y MÁS CARO QUE HABÍA! Y UNA CAJA DE SOMBREROS Y COSAS MÁS.



Y MIRA CUANTA ROPA BLANCA, Y ADEMÁS TENGO LO MENOS VEINTE PARES DE ZAPATOS.



¡CON TANTO SOMBRERO SE DEBE PERDER MUCHO TIEMPO PENSANDO CUAL PONERSE!



Y FÍJATE, MÁS DE UNA DOCENA DE VESTIDOS. ¡ESTE ES ELEGANTÍSIMO!



¿Y ESTE ABRIGO DE PIEL? ES DE UN "CHIC" INSUPERABLE.



¡MIRA, PIJAMAS DE SEDA NEGRA! Y OTROS BLANCOS!



Y COMO HE PERDIDO TANTO TIEMPO CON LA ENFERMEDAD TENDRE QUE ESTUDIAR MUCHO Y DEPRISA.



YO ME HUBIERA CONFORMADO CON UN COLEGIO, MÁS MODESTO, PERO MI PADRINO ES ASÍ.



Y NOSOTROS DEBEMOS CORRESPONDER A SU EXPLENDIDEZ PORTÁNDONOS MUY BIEN, ESTUDIANDO COMO UNOS "HACHAS" Y QUERIÉNDOLE MUCHO; ¿NO TE PARECE?



¡GUAAU!



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS, QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

"PINOCHO EN EL PAIS DE LOS HOMBRES GORDOS"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo).

I



ÓMO se enteró Pinocho de que existía un país llamado Gordinflonia, en el que todos sus habitantes eran extraordinariamente gordos?

No lo sabemos. Sin duda Pinocho lo averiguaba todo.

Lo cierto es que nuestro héroe se había enterado de la existencia del país de los hombres gordos y que, sin pensarlo más de diez minutos, se dispuso a visitarlo.

Y así lo hizo; un buen día cogió su famoso maletín de viaje, se despidió de sus amigos, llegó a la estación del Norte y se metió en el tren, donde pasó la noche durmiendo como un bendito.

Un ruido ensordecedor le despertó. Era que el tren entraba en una estación, haciendo retremblar las planchas de hierro. Pinocho se asomó a la ventanilla y vio que por el andén caminaban unos hombres gordos como toneles. Leyó un letrero que decía: *Gordinflonia*, y comprendiendo que había llegado a su destino, se apeó del tren.

Serían las diez de la mañana cuando Pinocho salía de la estación. A pesar de lo avanzado de la hora, no se veía un alma por las calles.

«Por lo visto», se dijo Pinocho, estos señores gordinflones no son madrugadores».

Pero, a pesar de la soledad, a pesar de no circular coches ni tranvías, oíase un ruido ensordecedor. Era un zumbido constante que salía por las ventanas y balcones de las casas. Con ese don de observación y ese método deductivo que le han hecho famoso en el mundo entero, Pinocho comprendió que aquel ruido no era otra cosa que los ronquidos de los dormilones habitantes del país de los hombres gordos. «¡Pues no son nadie durmiendo!», exclamó Pinocho, que seguía hablando solo, cosa un tanto aburrida a la larga. De pronto apareció un interlocutor imprevisto: era un perro que salía de una casa y empezó a estirarse y a bostezar.

Aquel perro, por su gordura, era el perro más extraordinario que Pinocho había visto en su vida. Era tan gordo que parecía inflado y semejava un queso de bola con cuatro patitas y un rabito.

—¡Guau, guau! —empezó a ladrar con voz muy desagradable el animalucho.

A Pinocho no le hacían mucha gracia los perros, porque sabía que son enemigos de los niños, a los que asustan frecuentemente. Sin embargo, empezó a apaciguarle con su voz persuasiva, diciéndole:

—Vamos, calla; ponte al sol y duerme.

Pero el antipático chuchó, lejos de calmarse, se abalanzó sobre nuestro muñeco y le mordió en una pierna. Afortunadamente, la madera de que estaba hecho Pinocho era muy dura, y apenas si dejaron señal los dientes del irascible animal. Pero esto bastó para que Pinocho perdiera la paciencia y, levantando la pierna mordida, dió tal patada al perro, que éste, perdiendo el equilibrio, empezó a rodar calle abajo de tal forma, que parecía que no había hecho otra cosa en toda su vida.

En este preciso instante, en el umbral de la puerta por donde había salido el animal, apareció una vieja de fenomenal gordura, ataviada con una bata rameada y la cabeza llena de papelititos rizados. Con gran trabajo avanzó dos pasos, lo preciso para ver desaparecer por el final de la calle al horrible can, que seguía rodando y chillando como un condenado.

La vieja lanzó un grito, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Ay, mi Patapufu!

Con lo que nuestro héroe quedó enterado de que el perro se llamaba Patapufu y de que la vieja era su dueña.

—Señora —dijo Pinocho inclinándose cortésmente—, lamento en el alma...

Pero la vieja no le dejó acabar la frase. Como una desesperada empezó a gritar:

—¡Ha maltratado a mi Patapufu! ¡Asesino!

Tales gritos daba la buena señora, que de las casas vecinas empezaron a salir hombres, mujeres y chicos, que querían enterarse de lo que ocurría. Unos salían en camisa, otros en bata, algunos en calzoncillos. Todos eran fenomenalmente gordos.

En un momento se vio Pinocho rodeado de gordinflones que, con la cara roja de indignación, repetían entre bostezo y bostezo, amenazándole con los puños cerrados:

—Venganza contra el flaco extranjero que ha maltratado a Patapufu, ¡al gloriosamente gordo Patapufu!

De sobra sabemos que Pinocho era valiente y temerario; pero frente a tanto puño amenazador y ante aquel griterío creciente, comprendió que lo mejor era poner pies en polvorosa y huir de aquellos energúmenos.

Para abrirse paso embistió contra uno de los gordinflones que más chillaba, y dándole un formidable topetazo con la cabeza, le lanzó rodando por el mismo camino que había seguido el célebre Patapufu.

La sorpresa dejó un momento paralizados a los gordinflones, lo que aprovechó nuestro héroe para salir corriendo con toda la velocidad de que era capaz, mientras pensaba contristado: «¡Pues señor, bonito recibimiento he tenido!»

Generalmente, los gordinflones solían mostrarse apacibles y dulces, acaso por bondad natural, acaso por pereza para moverse y agitarse. Pero la injuria hecha al perro Patapufu, una de las glorias del barrio, les había herido y exasperado. Y gritando: «¡Venganza, muera el asesino de Patapufu!», se lanzaron en persecución de Pinocho.

El grupo iba engrosando cada vez más, y por donde pasaba todo lo tiraba y lo destruía.

Carboneros con sus sacos de carbón, albañiles con sus sacos de yeso, pintores con sus botes de pintura, pasteleros con sus fuentes de natillas, todos rodaban por el suelo, atropellados por los perseguidores de Pinocho.

Los balcones se llenaban de curiosos, que con sus gritos aumentaban el estruendo, ya excesivo.

La enorme ola humana, ciega y desenfrenada, no reparaba en obstáculos. Atropellaba tranvías y coches, volcó un carro de mudanzas repleto de muebles, derribó una casa en construcción y espachurró una manada de cerdos que se dirigía pacíficamente al matadero. Al grupo se unieron los guardias y los bomberos con sus bombas y sus escaleras de salvamento. Las campanas empezaron a tocar a rebato; ladraban los perros, se desbocaban los caballos y se desmayaban las mujeres. Y Pinocho corría, corría perseguido por aquella muchedumbre desenfrenada. Ya se creía salvado, gracias a la agilidad de sus piernas, cuando tuvo la desgracia de pisar una cáscara de naranja y, dando un terrible resbalón, cayó al suelo. Cuando quiso levantarse, sus perseguidores le alcanzaron, y empuñándole fuertemente, le llevaron hacia uno de los puentes de la ciudad.

«¡Al río, al río!», rugía la muchedumbre. Y el pobre Pinocho se sintió levantado y suspendido sobre el agua. Pero en el momento en que iba a ser víctima de las iras populares, llegaron todo correr dos soldados del palacio real, reclamando en nombre del rey al prisionero. Porque, ¡es natural!, el tumulto había sido tan grande, que había llegado a los oídos del rey, y éste había ordenado que le llevasen al causante de aquel jaleo.

II



TRIPÓN XVII se llamaba el rey, y era el más gordo de los habitantes del reino. Figúraos cuál sería su volumen, que cuando le acostaban tenían que ponerle cuñas para que no se rodase.

Este rey era viudo y tenía dos hijos: el príncipe Triponcín y la princesa Redondita.

La princesa era muy golosa y se pasaba el día comiendo bombones y chupando caramelos. Pero este era su único defecto, aparte del cual, era realmente simpatiquísima, muy dulce y muy bondadosa. Y daba gloria de verla tan gordita y tan coloradita. En fin, que era encantadora, como casi todas las princesas de los cuentos.

En cambio, su hermano, el príncipe Triponcín, era de lo más rematadamente malo que puede darse: era lo que se dice una calamidad de príncipe. Tragón, embustero, perezoso y con tan malas intenciones, que se pasaba el día cavilando maldades para fastidiar a todo el mundo.

Por esto resultaba que a la princesa Redondita la adoraban todos, mientras que al príncipe Triponcín no le podía ver nadie.

Cuando llevaron a Pinocho a palacio, S. M. y SS. AA. RR. estaban tomando el desayuno. Este desayuno consistía en una caldera de chocolate, una tinaja de natillas, 150 picatostes y cuatro docenas de panecillos con manteca para cada príncipe, y el doble para su papá.

Al ver la triste figura que hacía nuestro querido muñeco, el rey soltó tal carcajada, que el palacio tembló y se rompieron todos los cristales.

El príncipe Triponcín se puso contentísimo y empezó a tirar picatostes a la nariz de Pinocho.

Pero en cambio la princesita le miró con unos ojos tan dulces y bondadosos, a pesar de sus bigotes de natillas y chocolate, que Pinocho sintió hacia ella una gran simpatía.

Tripón XVII se echó hacia atrás, cruzó sus manazas sobre el abultado vientre y preguntó:

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO EN EL PAIS DE LOS HOMBRES GORDOS y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.